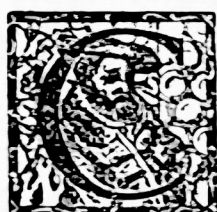


Luis Merino Reyes

## La obsesión de una madre (\*)

(CUENTO)



ONOCI al doctor Mosquera cuando mi madre estuvo enferma, hace unos nueve años. Mi madre siempre ha tenido los hombros y el rostro en actitud defensiva, como si presintiera la enorme desgracia merecida por su contextura dolorosa y fatal. Es el caso de una santa construída por los escrúpulos, pero su santidad tiene fortaleza y estilo. Una concepción bárbara del bien que no excluye la caridad, en ciertos casos, pero ignora el olvido y el perdón. Mi primer recuerdo sitúa su imagen en una clínica de enfermos nerviosos, atendida por monjas católicas. La veo pálida, excesivamente empolvada, con su pelo negro estirado hacia atrás, mostrando una frente grande, de hermosa y trágica curva. Es su visión más precisa. Antes la divisé, como una sombra, de visita en la vieja casa-quinta donde vivimos, mi hermana y yo, después de la muerte de mi padre. En la clínica

---

(\*) Del libro inédito «Narciso nos habla».

nos acarició sonriente, perdida por un instante la tristeza de su mirada, sacudida de comprensión y ternura frente al desenfado infantil. Nuestros acompañantes nos retiraron de sus brazos, a viva fuerza, y ella reía de mis gritos, dócil a una disciplina que en su fuero íntimo no podía respetar. ¡Pobrecita! Quizás si su única fuga posible hubiera sido la muerte Felizmente, llegó a nuestra casa, yo no sé cuando, y se incorporó a una vida normal, abnegada y férrea, que incluía un paseo, todas las tardes, por los parques públicos, luego de enjuagarnos las rodillas hasta que la piel se ponía húmeda y rojiza de alegría y limpieza. Era una viuda muy joven que apenas duró casada. En aquellos paseos vespertinos, la asedió un galán sonrosado, de ojos pestañudos e impertinentes, de uñas muy largas y brillantes. Este último detalle es el más definitivo en mi sensibilidad. Ahora entiendo que ella apenas respondía a sus palabras, enmarcada en su limpio estilo de señora. Yo traicioné su inocente aventura, narrándola a una de mis tías, quien, armada del más riguroso sentido del bien, completó mi balbuceo infidente con una versión de fondo pecaminoso y temible. De todos modos, yo adoraba a mi madre y era tradicional que no pudiera separarme de ella por el más pequeño tiempo, en contraste con mi hermana que podía viajar con una nodriza, alegre y despreocupada. Mi ingreso al colegio resultó una tragedia, cuyas lágrimas tengo presentes. Me veo con mi delantal demasiado infantil y las piernas fatigadas y sucias, humillado y burlado con el castigo

impuesto por un profesor barbilindo y meloso. De esta base de recuerdos infantiles, puede derivarse que mi pubertad fué triste, y que en mi juventud la voluntad dominante de mi madre se me hizo insoportable. Sólo he venido a comprenderla hoy, renovada, con más ternura, en sus nietos, mis hijos, a quienes presumo en sus días venideros atormentados con mi delirante y puntilloso afecto. Además, la existencia aun novedosa que se vive hasta los treinta años, me ha permitido contrastar a mi madre con elementos sociales de parecida formación, y he descubierto, anheloso de imponer mis normas que vienen de las suyas, su fuerte distinción, solamente dañada por su continua pobreza, en el límite de parientes ricos y brutales.

Este preámbulo me ha parecido necesario para explicar y explicarme por qué soy un hombre contradictorio y enconado, un esquema de sensualidad y resentimiento, como, a veces, me defino, incurriendo tal vez en una confesión que nadie lograría descubrir, al observar mi apariencia tranquila, exageradamente afable.

Pues bien, el Dr. Mosquera apareció en mi hogar en la flagrantia de la segunda enfermedad de mi madre, con un lenguaje sensible, juguetón y nuevo, que conquistó la riqueza virgen, embotada aún, de mi sensibilidad y me impulsó a imitar sus juicios, simulando una inteligencia que yo estaba muy lejos de poseer y que, al carecer de astucia y de antecedentes librescos, se derrumbaba, en medio de violentos alaridos, con mis infortunados dialogantes.

El doctor Mosquera se introdujo en el conflicto psíquico de mi madre con una seguridad conceptual que a mí me pareció cristalina, pero que ahora medito como un ejemplo en que la complejidad de la naturaleza humana se adaptó, en forma irrefutable, a la teoría del conocimiento. Se interesó por los sueños de la enferma y los interpretó hábilmente, libro en mano, comprobando la perfecta exactitud de ciertas imágenes oníricas con los acentos inconfesables que ocultan las naturalezas más puras. Aquello significó para mí el verbo hecho carne, en un cuerpo delgado y moreno, con una cabeza de muchacho corredor y travieso, que al defender la línea de su pensamiento era imperativo y violento. Había en él una extraordinaria capacidad de juicio, que sólo vine a entender mucho tiempo después, y una tolerancia utilitaria de los hombres, molesta para ciertos caracteres ya estabilizados en su tosquedad y rabioso destino de acción. En el severo ambiente de mi familia estaba considerado como un hombre extraño, de buen natural, «buenos sentimientos», como se afirmaba en la jerga doméstica, que no creía en Dios, lo que lo hacía doblemente raro, pero respetado y necesario en la murmuración comparativa sobre los canallas con fe en los ritos católicos y los hombres buenos de costumbres laicas. Se decía en secreto que vivía con una mujer que no era su esposa, madre de varios hijos, cuyo padre los había abandonado en la infancia, y se agregaba que ella hacía aparecer al doctor Mosquera como un pensionista, lo que no se consideraba una men-

tira, sino, más bien, una fórmula de convivencia social. Las proezas de su buen corazón saltaban a la lengua de los informantes cada vez que el nombre del doctor Mosquera se ofrecía en las conversaciones, y ellas incluían su amistad filial con una anciana empobrecida, amiga de la familia, cuya salud vigilaba y, lo que parecía más extraordinario, alimentaba, en ciertas ocasiones, sacrificando sus propias viandas.

Fué, pues, mi familia la que buscó al doctor Mosquera, con un instinto bárbaro y magnífico de la necesidad de ciertos hechos, y le rogó que se hiciera cargo de la enferma, atormentada entonces por un nuevo período de reclusión sombría, manchada de vulgaridad y tristeza, muy diferente a su primera prisión clínica, que yo percibo en el luminoso albor de mis primeros recuerdos, adornada por frondas y por un sol directo y blanco, tal vez existente nada más que en mi imaginación.

—La enferma ha tenido una infancia oprimida, afirmó. Estas familias de hermanos mayores impetuosos y arrogantes, producen pequeñuelos tímidos, cohibidos y enfermizos. No es extraño este salto entre un aparente paganismo y la religiosidad. Pero no hay que contradecir sus ideas, es una torpeza no seguir su estilo y confundir aún más su enredo.

La opinión del doctor Mosquera nos pareció, desde el principio, fuerte y sencilla, y sus últimas palabras yo las sentí con remordimiento, como una alusión. Hacía poco tiempo, cuando llegué a mi casa de vuelta del

trabajo, encontré a mi madre desafiándonos con palabras incoherentes, resentidas y quejosas, y me lancé a llorar de un modo que deploro y maldigo. Después le hablé con dureza porque no cedía en sus escrúpulos religiosos. Ella me escuchó indolente y se encogió, aun más, en el sombrío rincón de su lúgubre intimidad.

—La procesión va por dentro, exclamó el doctor Mosquera. No hay que guiarse por las apariencias. Sus hombros todavía están recogidos, su frente arrugada, sus facciones caídas y sin frescura. Es preciso conformar todo su sistema.

Tal era el sentido de sus respuestas, cuando yo pensaba con vehemencia que la enfermedad se había extinguido, porque la veíamos más alegre, inmiscuida en nuestro ajetreo cotidiano, aunque su actitud sucedía en forma análoga a la de los poetas que viven el contorno de una realidad trivial, sin adentrarse en la monotonía de su contemplación.

Un día lluvioso llegó el doctor Mosquera hasta el cuarto de mi madre con un fraile, a quien dejó a su lado, diciéndole:

—Aquí tiene al padre Arrigorraga, converse tranquilamente con él; cuéntele todas sus penas, es su amigo y su confesor. No olvide que Dios es bondadoso y que la tristeza es negativa.

El fraile era un hombre tranquilo y hábil, grueso y sonrosado de rostro, que fijó en mi madre su mirada limpia, familiarizada con la guerra entre el bien y el mal y con las pueriles pasiones que ciegan y arrebatan

a los hombres. Después de estar a solas con la penitente, se despidió como el más alegre viajero, prometiendo otras visitas que nunca cumplió; pero la confesión tuvo su efecto mágico sobre los escrúpulos, y la evolución orgánica produjo la mejoría. El hecho de la salud de mi madre no asombró al doctor Mosquera, apenas se tradujo su íntima satisfacción en la avidez con que chupó su cigarrillo.

—Su naturaleza es delicada, explicó. Es probable que siempre haya sido un poco enferma; hay que vigilar la repetición de estas crisis.

Aquella aventura afianzó la base de mi existencia en el período en que ella fué más necesaria: en la impetuosidad juvenil. Me forjé una concepción severa y amarga de la vida que, en ciertos momentos, al malograrse, me transformaba en un sujeto iracundo y desleal.

Este trozo de historia del doctor Mosquera ocupaba mi imaginación en forma constante desde hace algún tiempo, pero yo no quería historiarlo en lenguaje literario. Me es particularmente doloroso hacerlo: la escritura de los hechos no es adecuada para ciertos temperamentos.

Anoche, en una esporádica correría en busca de experiencias, me encontré con un revolucionario fracasado, un hombre calvo de voz delgada y nasal, de ademanes enfáticos y nerviosos, que simpatiza con mis ideas y que, al escuchar parte de este relato, exclamó en mi oído, como si buscara la protección de mi lealtad.

—¿Mosquera? Lo conozco mucho. El quiso ingre-

sar al Partido. Yo lo hice vigilar largo tiempo y descubrí todos sus derroteros. Es un conspirador profesional. Además, no cree en la gloria del poder. Es un hombre frío y contradictorio que busca ciertas amistades escogidas con fines de utilidad personal. Sin embargo, cuando se produce una situación peligrosa es el primero en desaparecer. Se va a la costa. Su viaje es típico. Bueno, como médico tiene cierta eficacia, aunque yo creo que está peor que muchos de sus enfermos. Es, también, un militarista. Cree que los guerreros son la única fuerza pura capaz de gobernar un país. Este reinado tendría un carácter popular...

—¿Una adaptación del samurai japonés?, murmuré.

—Exactamente, replicó mi informante. Usted ha dicho la palabra precisa que yo venía pensando. Es un elemento peligroso...

Yo guardé un cuidado silencio. Fué mi gratitud al doctor Mosquera que mejoró a mi madre sin costo alguno para nuestros bolsillos. Cuando escribo me persigue su imagen; solitario en su casa de largos pasadizos bañados por la luna, desconfiado de los afectos como un ser resbaloso y gris, apasionado por un voluble sentido de la existencia.